

REPORTAJE

El camarero sordomudo de La Tropical

Julián López es, a sus 59 años, y pese a su incapacidad para oír y hablar, un pilar del restaurante alcazareño, con cuyos clientes se entiende a la perfección



PACHI LARROSA



Julián López, acodado en 'su' barra. GUILLERMO CARRIÓN / AGM

Tiene una mirada penetrante, intensa, enmarcada en un ceño fruncido, como si a falta de oído y de habla concentrara sus demás recursos en atender a su interlocutor, en escrutarlo, en entender quién es, qué dice. El suyo es un mundo de silencio absoluto. Así que su cerebro se enfoca en los gestos, en el aspecto, en los movimientos de las manos. Es camarero y trabaja cada día codo con codo con sus compañeros, sus jefes y sus clientes.

A sus 59 años, el alcazareño Julián López es sordomudo casi de nacimiento. Una mala praxis médica, una inyección equivocada, cortó toda posibilidad de escuchar y hablar y cambió sus perspectivas de futuro para siempre. Pero hace 34 años esas perspectivas volvieron a dar un giro radical. «Yo lo conocí en el 92, cuando falleció mi padre y ya me integré definitivamente en el trabajo del restaurante», relata Juan Carlos Méndez, propietario y cara visible del restaurante La Tropical, uno de los grandes referentes de la gastronomía regional. «Él venía a tomarse un café por las mañanas y, por hacer algo, me recogía las mesas de la terraza», continúa. Juan Carlos recuerda con una sonrisa que «por aquel entonces siempre iba con una Vespino haciendo el cabra por el pueblo, saltándose todas las señales de tráfico—sordomudo, además, un peligro— y un día me dio por enseñarle cómo funcionaba el lavavajillas».

Julián es un tipo fuerte, fornido. Asiste a la conversación con una media sonrisa mirando alternativamen-

te a los interlocutores, sabiendo que hablan de él, y apostillando aquello que logra entender asintiendo energicamente con la cabeza o haciendo el gesto de 'ok' con los pulgares. El caso es que, un buen día, Juan Carlos decidió integrarlo en el equipo de La Tropical. «Hubo una persona muy influyente en el pueblo que me soltó: 'ahora sí que La Tropical ha caído bajo, que habéis metido a un sordomudo en plantilla'. Y me pareció tan feo que aquello fue lo que me decidió definitivamente a contratar a Julián. Y hasta hoy». Y Julián, que no puede oír ni hablar, se puso a trabajar de cara al público, en la misma barra. Una de las barras de la Región más concurridas y con más batalla diaria.

Lenguaje propio

Hábil e ingenioso, Julián utiliza métodos para llamar la atención como algunos sonidos que es capaz de emitir, o como dice Salva, uno de sus compañeros, «mueve los focos que cuelgan de cables» encima de la barra para enfocar a aquel con quien quiere comunicarse. Por supuesto, la clientela fija lo conoce y ha aprendido a comunicarse con él. Pero ¿cómo demonios se entienden? Bueno, los clientes habituales ya han aprendido una serie de gestos (nada de lengua de los signos, no; signos 'ad hoc' para la ocasión) para pedir una caña, un cortado o una tostada.

Sí que es verdad que, en ocasiones se producen equívocos. «Imagínate en esos días con tres filas de clientes delante de la barra, y uno de los nuevos empieza a protestar porque le ha



Para pedirle cañas no hacen faltan muchas explicaciones. ANTONIO GIL / AGM

hecho un pedido a un camarero—vuelto de espaldas— y dice que no le ha hecho ni caso», relata Juan Carlos con una sonrisa. Pero siempre hay algún cliente veterano que aclara las cosas y las aguas vuelven a su cauce.

Julián es como un búho. «Está siempre muy atento a todo y a todos. Cuando me ve atender a una mesa recién llegada y meterme en la bodega, al volver él ya ha puesto las copas; está pendiente de mis miradas, de mis movimientos y se anticipa». Así que 'el mudo', como lo llaman en el pueblo, se ha convertido en un pi-

lar de La Tropical. Él hace el pan del restaurante, organiza y limpia los congeladores, llena las cámaras, ordena la terraza—en La Tropical, eso no es poca cosa, hay que ver cómo

Julián «es como un búho; está siempre muy atento al entorno y a todos nosotros», explica Juan Carlos Méndez

es la terraza—, saca los toldos, le pone el hielo a las vitrinas del pescado y atiende en la barra. «La semana pasada estuvo tres días de vacaciones y notamos muchísimo su ausencia», recuerda Juan Carlos.

A la extraña conversación con intérprete asiste también Fermín, uno de sus hermanos, que se declara «agradecido con Juan Carlos. Gracias a él, mi hermano ha podido trabajar, tener una vida digna y ganarse el sustento». Además, que Julián es todo un personaje. «A menudo me preguntan por la calle por él: '¿sigue 'el mudo' con vosotros?'». La media sonrisa de Julián se amplía y sus asentimientos con la cabeza se vuelven más energéticos cuando la conversación deriva a su afición por la pintura. Obras que su hermano muestra orgulloso en su teléfono móvil, unos cuadros coloristas, de tonos fríos muy definidos, con un toque naif, cándido, espontáneo.

Otra dura prueba

Pero la vida le puso hace unos meses otra dura prueba. Se le detectó un cáncer de colon y lo operaron de urgencia. En La Tropical todos se hacen todavía cruces: «¡Pero si estaba trabajando al mes y medio como si no hubiera pasado nada!», repiten admirados el jefe y varios trabajadores. Esa concentración en todo lo que hace—«está siempre muy atento a